Universidad del Zulia
Vicerrectorado Académico
SERBILUZ
LUZ Repositorio Académico

Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología
ISSN 1315-0006 / Depósito legal pp 199202ZU44
Vol. 23 No. 1 (enero-marzo, 2014): 71 - 105

¿Para qué sirven los sociólogos? La definición de la sociología legítima en textos canónicos de la disciplina y la expansión de las inserciones laborales de los sociólogos

*Juan Pedro Blois**

Resumen

Definir las posibles inserciones laborales de los sociólogos ha sido, desde la creación misma de la disciplina, una tarea difícil marcada por agudas controversias y debates. Ya en los textos fundacionales se presentaba a la sociología como un conocimiento experto que debía servir para intervenir en la sociedad, como un insumo central para la elaboración de diagnósticos e iniciativas sociales. Sin embargo, estas formas de intervención social encontraron siempre grandes dificultades para profesionalizarse. La pregunta por las prácticas laborales ha cobrado renovada vigencia en los últimos años, en un contexto signado por la diversificación y especialización de los perfiles profesionales de los sociólogos en diversas esferas sociales. Aunque no se trate de un hecho sin precedentes, la expansión de estas inserciones conlleva una redefinición profunda de aquello que los sociólogos hacen para ganarse la vida, redefinición que en los hechos pone en tensión las matrices o formas de clasificar y jerarquizar las opciones profesionales que tradicionalmente orientaron su accionar. El presente artículo se propone analizar un conjunto de obras que, elaboradas por figuras reconocidas a nivel internacional durante la segunda mitad del siglo XX, han operado como referencias de peso a la hora de definir las percepciones de los sociólogos sobre su disciplina y sus prácticas laborales. A lo largo del artículo, se sostiene que, pese a sus marcadas y visibles diferencias, estos autores presentan una fuerte convergencia en torno a una definición de la disciplina que excluye la labor de los sociólogos en escenarios o instituciones sociales no académicos.

Palabras clave: Sociología, Profesión, Parsons, Mills, Touraine, Bourdieu, Burawoy.

Recibido: 14-01-2013/ Aceptado: 04-11-2013

* Universidad de Buenos Aires. Argentina. E-mail_pedro.blois@gmail.com

What Use are Sociologists? The Definition of Legitimate Sociology in Canonic Texts and Expansion of the Labor-Related Insertions of Sociologists

Abstract

Defining the possible professional areas for sociologists has been a difficult task since the inception of the discipline, marked by sharp controversies and debates, although foundational texts presented sociology as expert knowledge that should contribute to intervention in society as a central input for elaborating social diagnoses and initiatives. Nevertheless, these forms of social intervention always had great difficulty getting professionalized. The question about labor practices has gained renewed importance in recent years, given a context characterized by the diversification and specialization of the professional profiles of sociologists in different social spheres. Although it is not unprecedented, expansion of these activities entails a deep redefinition of what sociologists do to make a living. In practice, that redefinition puts pressure on the traditional matrixes or forms of classifying and hierarchizing the professional options that traditionally guide their actions. This article seeks to analyze a set of works elaborated by internationally recognized figures during the second half of the XXth century that have served as weighty references when defining sociologists' perceptions about their discipline and professional practices. The article affirms that, despite their marked and visible differences, these authors have strong convergence around a definition of the discipline that excludes the activities of sociologists in non-academic scenarios or institutions.

Key words: Sociology, profession, Parsons, Mills, Touraine, Bourdieu, Burawoy.

Introducción

Definir las posibles inserciones laborales de los sociólogos ha sido, desde la creación misma de la disciplina, una tarea difícil marcada por agudas controversias y debates. Ya en los textos fundacionales se presentaba a la sociología como un conocimiento experto que debía servir para intervenir en la sociedad, como un insumo central para la elaboración de diagnósticos e iniciativas sociales. Sin embargo, estas formas de intervención social encontraron siempre grandes dificultades para profesionalizarse. A diferencia de lo que ocurre con otras disciplinas o profesiones, la vinculación con las demandas de diversos actores sociales ha sido siempre una fuente duradera de tensiones y dilemas.

La pregunta por las prácticas laborales de los sociólogos ha cobrado renovada vigencia en los últimos años, en momentos en que se ha registrado un proceso de fuerte diversificación y especialización de sus perfiles profesionales. Si la vida académica se mantuvo como un espacio laboral central, instituciones como el Estado, las empresas, las consultoras de análisis de mercado y estudios de opinión, las ONG, entre otras, constituyeron escenarios cada vez más receptivos. El mundo del trabajo, tal como se observa en diversos escenarios nacionales, se complejizó y ofreció nuevas oportunidades o "tareas vacantes" (Blois, 2013; Braga, 2011; Piriou, 2006). Desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza hasta el manejo de las estrategias de comunicación publicitaria de grandes empresas multinacionales, pasando por la participación y asesoramiento en diversos movimientos sociales, el abanico de actividades y tareas fue ciertamente amplio. Los sociólogos mostraron, en este sentido, una notable versatilidad y una gran capacidad para penetrar en diversos campos de intervención.

Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, la expansión de estas inserciones conllevó una redefinición profunda de aquello que los sociólogos hacen para ganarse la vida, redefinición que en los hechos puso en tensión las matrices o formas de clasificar y jerarquizar las opciones profesionales que tradicionalmente orientaron su accionar. Como era de esperar, semejante situación no ha dejado de suscitar una serie de intervenciones y debates en torno al papel de los sociólogos en la sociedad y la utilidad de la disciplina como herramienta de interpretación y acción sobre el mundo social (Burawoy, 2005; Calhoun y Wieviorka, 2013; Dubar, 2006; Dubet, 2006; Lahire, 2006).

El presente artículo se propone analizar un conjunto de obras que, elaboradas por figuras reconocidas de la sociología de la segunda mitad del siglo pasado, han operado como referencias canónicas a la hora de definir las percepciones de los sociólogos sobre su disciplina y sus prácticas laborales. Se trata de dar cuenta de las miradas que esas figuras buscaron imponer sobre los límites legítimos de la disciplina y sobre lo que un sociólogo podía hacer y aquello que le estaba vedado. Para este artículo, se seleccionó un grupo de textos elaborados por cuatro sociólogos cuyas obras han tenido una particular repercusión: Talcott Parsons, Charles Wright Mills, Alain Touraine y Pierre Bourdieu.

Según se propone aquí, estos textos constituyen verdaderas declaraciones de principio o "manifiestos" donde sus autores toman una posición explícita sobre lo que la disciplina es y debe ser. De acuerdo a la sociología de las profesiones, este tipo de textos, en la medida en que logran imponerse como referencias de una comunidad profesional, desempeñan un rol central en su conformación y en la consolidación de su identidad. Si pueden dirigirse al público en general en vistas a legitimar la posición de la disciplina frente a la

competencia de otras profesiones o comunidades disciplinarias, está operación nunca es escindible de la defensa de ciertas posiciones al interior del grupo. Como apunta Piriou, estas "retóricas apuntan a defender las competencias de los profesionales, el interés colectivo superior de los servicios ofrecidos por la profesión, pero también ellas sirven del mismo modo a la defensa de la superioridad de ciertos roles profesionales, a convencer de la dificultad o nobleza de ciertos ejercicios en detrimento de otros" (Piriou, 1999:46). Asimismo, tienen un rol central en los procesos de formación de las nuevas generaciones, sea de manera directa como material de lectura de los cursos universitarios o de manera indirecta a través de la figura de un profesor o de otros estudiantes (Bonaldi, 2009). De ahí el interés de volver a ellos en el contexto actual signado, como indicamos, por la expansión y diferenciación de las prácticas profesionales de los sociólogos.

A continuación, nos proponemos caracterizar la visión de Parsons, Mills, Touraine y Bourdieu sobre la disciplina. Buscamos reconstruir cuáles eran las metas y roles que le atribuían, la relación que planteaban con las posibles audiencias y clientelas, el lugar o lugares que preveían como ámbitos posibles de inserción laboral de los sociólogos y, finalmente, las expresiones de la sociología que recusaban como desviaciones o deformaciones a ser combatidas. En la sección final, a modo de conclusión, se analizarán esas posiciones a la luz del debate promovido por Burawoy (2005) en torno de la "sociología pública" y la relación entre los diversos tipos de sociología –"profesional", "práctica" y "crítica" – que distingue. Según veremos, pese a las ostensibles diferencias que median entre los autores seleccionados, todos ellos presentan una marcada convergencia en torno a una definición de la disciplina que rechaza fuertemente la labor de los sociólogos en los escenarios no académicos, aquellos que justamente se han venido ampliando en los últimos años.

Parsons y la sociología como profesión académica

Talcott Parsons concibe a la sociología como una profesión inserta en el sistema de profesiones que caracteriza el mundo moderno. Su visión sobre la sociología aparece claramente expresada en su intervención de 1959 en el encuentro anual de la *American Sociological Association* (ASA), institución que había presidido en el pasado y en la que prontamente asumiría como su secretario. En su carácter de presidente del "Comité sobre la profesión", Parsons realizó un balance sobre el estado de la disciplina y señaló los principales desafíos y tensiones que enfrentaba en su consolidación como una "profesión". Si bien, como afirma Heilbron, "no era ni la primera ni la última vez que participó activamente en la elaboración de estrategias profe-

sionales", esta intervención constituye sin dudas su toma de posición más clara y aquella que alcanzó mayor difusión (Heilbron, 1984:67)[1].

Según Parsons, la sociología, como cualquier profesión, constituye "un rol ocupacional organizado en torno al dominio y responsabilidad fiduciaria sobre cierto segmento de la tradición cultural de la sociedad" (Parsons, 1959:14) Ahora bien, a diferencia de otras profesiones centradas en la práctica (como por ejemplo la medicina), la sociología se constituye alrededor de una disciplina científica y, como tal, está –y debe estar– dedicada "primariamente" a la elaboración y transmisión de conocimientos teóricos y empíricos dentro de una comunidad de pares. En tanto profesión "académica", sólo de manera "secundaria" puede ocuparse de la comunicación de sus resultados a un público no especializado o de buscar una conexión más estrecha con finalidades prácticas. El rol central e insoslayable de la sociología es entonces desarrollar y reproducir una tradición intelectual en el marco de una comunidad científica.

> Creo que la primera obligación de la sociología como una profesión es la promoción de la disciplina: por un lado, a través de las investigaciones desarrolladas por sus miembros, y, por el otro, a través de la "inversión" de sus capacidades y energías en la formación de quienes en lo sucesivo desarrollarán esta función (Parsons, 1959:15)[2].

Las funciones "secundarias", sin embargo, no deben ser dejadas de lado sin más pues responden a las demandas de una sociedad que ve cada vez más en la sociología una fuente de orientación y de saberes útiles. Este reconocimiento, según Parsons, era la consecuencia de los avances que la propia disciplina había hecho en el campo científico. Así como en el pasado, gracias a sus

1 Como es sabido, Parsons fue uno de los principales referentes de la sociología de las profesiones. Su visión, que retomaba y reforzaba la valoración positiva que los primeros enfoques habían tenido sobre el rol desempeñado por las profesiones en la sociedad moderna, las presentaba como ocupaciones fundadas en, por un lado, un conocimiento esotérico y complejo, y, por el otro, en una orientación ética y altruista frente a sus clientes. Tales atributos justificaban, en su visión, el reconocimiento simbólico y material que sus practicantes recibían de la sociedad (Parsons, 1968). Si la sociología no constituía el ejemplo arquetípico que Parsons analizaba en sus estudios, ella no dejaba de constituir una profesión más del sistema de profesiones moderno. Heilbron sostiene que la consideración de la sociología como una profesión era una estrategia de Parsons y de algunos colegas que buscaba asegurar para los sociólogos la misma consideración y prestigio acordado a las otras profesiones (Heilbron, 1984).

2 Cuando la referencia al texto citado no es en español la traducción es propia.

logros en el campo de la ciencia básica, la economía y la psicología habían alcanzado una notable injerencia en el mundo social, contribuyendo en gran medida a fijar los marcos interpretativos a partir de los cuales actuaban los individuos, correspondía ahora a la sociología responder a las expectativas suscitadas por su importante desarrollo reciente[3]. En ese contexto, dos son los servicios que la profesión puede ofrecer fuera del mundo académico: conocimientos utilizables para fines prácticos específicos y orientaciones generales sobre la marcha de la sociedad.

En relación con lo primero, en tanto "sociología aplicada", la disciplina debe implicarse en la resolución de los problemas prácticos que diversos actores e instituciones, como las dependencias gubernamentales, las agencias de acción social, las empresas y corporaciones, tienen que enfrentar. Según Parsons, tal accionar puede contribuir, entre otras cosas, al bienestar de ciertas categorías sociales, a la eficiencia de los procesos productivos, a la medición más ajustada de la opinión pública, a la mejora de las decisiones empresarias y de comercialización; en fin, a incrementar la racionalidad de las acciones encaradas en distintas esferas sociales. La sociología tiene pues una función en la sociedad.

Ahora bien, estas tareas no deben ser asumidas por los sociólogos de manera personal o directa. Sin abandonar su inserción académica como profesores e investigadores, los sociólogos tienen que pugnar por hacer de su disciplina uno de los insumos participantes en la formación de las "profesiones prácticas", aquellas efectivamente especializadas en la resolución de problemas concretos. De la medicina a la administración, de la educación a la ingeniería, Parsons ve potenciales clientelas en las cuales difundir los conocimientos aplicables de la disciplina. En este sentido, atento a evitar que los estímulos y atractivos de un mercado de trabajo fuertemente ampliado y diversificado desvíen la vocación de los futuros sociólogos del desarrollo de su disciplina en el ámbito académico, Parsons es concluyente:

3 Parsons realiza estas observaciones en base a un diagnóstico que considera que una "era sociológica" ha comenzado por la cual la sociología es cada vez más demandada por el público general para interpretar y dar sentido al mundo social. Si el desarrollo de la gran industria –o surgimiento del capitalismo– había coincidido con una "era económica" en la que la disciplina fundada por Adam Smith había ofrecido los lentes ideológicos con los cuales interpretar ese mundo en acelerada transformación, la dinámica de la sociedad contemporánea, con las amenazas que plantean a la libertad individual los grandes procesos sociales, tiende a poner a la sociología en el centro de la escena.

> Creo que es central para el desarrollo de la sociología que su relación con toda la serie de funciones prácticas esté mediada por las escuelas profesionales que forman a los profesionales en estas funciones y que disponen de centros de "investigación para la acción" dirigidos a conseguir resultados prácticos. En una sociedad fuertemente diferenciada, donde la ciencia aplicada está rápidamente aumentando en importancia en las ciencias sociales tanto como en las naturales, esas escuelas son el punto de articulación más apropiado entre una profesión científica y las variadas necesidades sociales prácticas y urgentes (Parsons, 1959:24).

La sociología es una ciencia básica a ser desarrollada en el medio académico, único capaz de asegurar las condiciones mínimas de autonomía que toda empresa científica requiere. La toma de una decisión concreta, la ejecución de un programa social o la negociación con un cliente[4] –ejemplos dados por el autor–, si bien pueden llevarse a cabo de manera más ajustada y eficiente si se dispone de una cierta ideo o formación sociológica, son tareas ajenas a los miembros de esta disciplina[5].

4 La idea de la sociología como un insumo de la formación de las profesiones "aplicadas" no era un invento de Parsons. Previamente había sido movilizada por distintas organizaciones filantrópicas preocupadas por garantizar una conexión más fuerte entre el trabajo académico y la práctica social. El modelo buscaba traducir los descubrimientos disciplinarios en técnicas concretas capaces de ilustrar las decisiones de quienes luego controlarían la economía, la política y los programas sociales –lo que Mills llamaría la "elite del poder"–. Buscaban con ello salvar "la brecha entre la investigación científica y las situaciones de la vida práctica" (Buxton y Turner, 1992).

5 En algún sentido Parsons se hacía eco de las observaciones realizadas por Robert Merton un tiempo atrás sobre las tensiones y conflictos que los intelectuales de las ciencias sociales –entre ellos los sociólogos– debían enfrentar cuando decidían incorporarse a una burocracia pública como funcionarios expertos. Tales tensiones provenían de la pérdida de autonomía –para fijar su agenda de investigación o para asumir una orientación política más definida–, que aquella incorporación suponía. Según el sociólogo norteamericano, esa situación explicaba la conversión de un buen número de intelectuales críticos en "técnicos apolíticos", capaces de servir, sin demasiadas convicciones propias, los más diversos fines escudados en la idea de la neutralidad valorativa. Ahora bien, en contrapartida, Merton no dejaba de señalar las limitaciones del "intelectual independiente", aquel que no responde a ningún jefe o superior y que puede gozar por lo tanto de una fuerte capacidad de iniciativa. Según su visión, no es inusual que el accionar de ese intelectual carezca de un impacto social relevante ya que, en función del mantenimiento de su autonomía, se ve obligado a permanecer alejado de los núcleos de decisión y

En relación con la función "orientadora de la opinión social", Parsons señala que el rol de la sociología es servir como el "primer guardián" de la tradición científica y de la objetividad. Su labor es luchar contra las tendencias distorsivas propias de las "ideologías" y contribuir de esa forma a una "definición general de la situación" más ajustada a la realidad. Los sociólogos, según su visión, son crecientemente demandados por audiencias o clientelas cada vez más amplias para responder a sus inquietudes sobre la marcha de la sociedad, los valores que tienden a predominar, el tipo de sociedad vigente.

Si ello constituye una oportunidad para la sociología no deja de implicar ciertos peligros. En su opinión, los sociólogos no deben encarar esta tarea participando activamente en los debates públicos o controversias políticas del momento. Su "función educadora general" está, una vez más, en el mundo universitario, allí donde pueden participar en la formación de los estudiantes de grado que no harán de la sociología una carrera profesional[6]. La sociología puede ayudar, en ese marco, a orientar a los estudiantes –y fututos ciudadanos– en las distintas facetas del mundo en el que viven y a tener una idea más precisa de los desafíos que tiene su sociedad. Pese a los riesgos que supone la posición central en los debates ideológicos para su autonomía, la sociología no puede declararse prescindente y desoír la demanda social pues, según advierte Parsons, siempre habrá "falsos sociólogos" preparados para tomar la palabra y contribuir al predominio de la ideología y sus distorsiones.

Ahora bien, si esas funciones subordinadas no deben ser dejadas de lado, preciso es tener siempre presente, insiste el sociólogo norteamericano una y otra vez, la defensa de la autonomía científica, rasgo que, en su visión, define la madurez de una disciplina y que la sociología sólo recientemente ha podido conquistar en un grado aceptable. De hecho, no fue sino después de un largo y trabajoso proceso de diferenciación, aún "incompleto e inestable", que la sociología pudo deslindarse de dos ámbitos o esferas que condicionaron su constitución como una ciencia (y que corresponden a las demandas actuales de la sociedad a la disciplina). Primero, de la dimensión práctica que identificaba la sociología con la búsqueda de determinados fines sociales. Sólo con Max

poder donde se definen las políticas y rumbos sociales. Sin una inserción en la burocracia pública, alertaba, era "difícil que sus opiniones llegaran hasta los políticos responsables […] De todo eso surge el dilema con que se enfrenta el intelectual preocupado en estimular los cambios o innovaciones sociales […] quien innova no es escuchado, quien es escuchado no innova" (Merton, 1970 [1949]:295).

6 Recuérdese que en Estados Unidos la formación disciplinaria se termina definiendo en el nivel de posgrado, manteniendo el grado una relativa apertura.

Weber, entiende Parsons, se dio una clara fundamentación de la necesaria distinción que es preciso mantener entre problemas científicos y asuntos prácticos abriendo paso a la consolidación de una "disciplina independiente, relativamente 'pura' con una tradición teórica y de investigación propia"[7]. En segundo lugar, de la matriz filosófica de la que emergieron todas las ciencias sociales con la modernidad, diferenciación que fue trazando fronteras con los "aspectos no científicos de la cultura general": la filosofía social, la religión, la literatura, las artes y las ideologías (Parsons,1959:15)[8].

7 Los orígenes de la sociología en Estados Unidos estuvieron asociados fuertemente a la demanda de públicos no académicos preocupados por las transformaciones aceleradas que atravesaban sus comunidades. Eran estos públicos ilustrados y reformistas los que financiaban con recursos y tiempo las primeras investigaciones (donaciones, compra de publicaciones, participación en las investigaciones como encuestadores). Para las primeras generaciones de sociólogos, la sociología tenía una función moral educadora (*edifying*) tendiente a promover la concientización sobre la necesidad de introducir reformas sociales para paliar los "problemas sociales" del momento. Como apuntan dos observadores: "La relación entre la sociología y su público [...] estaba definida en primer lugar por las acciones y necesidades intelectuales de este público. [En este sentido] la sociología necesitaba mantener el interés de este público hablando su lenguaje, respondiendo a problemas previamente articulados por ese público" (Buxton y Turner, 1992:376). Sólo a partir de los años veinte, surge la idea de una "ciencia pura" que debía liberarse de las demandas de las audiencias profanas. Inscribiéndose en esta última corriente, según Parsons, un campo científico no puede institucionalizarse hasta que haya consolidado unos problemas de investigación distanciados de la "filosofía social" o los "problemas sociales", "dos fuentes de preocupación importantes pero predominantemente no científicas" (Parsons, 1959:16).

8 Un tercer campo del que debió diferenciarse la sociología es el formado por el resto de las ciencias sociales. Defensor de una "jurisdicción" propia para cada una de ellas y opuesto a cualquier "imperialismo disciplinario", Parsons siempre estuvo atento a fundamentar y legitimar las correspondientes competencias. Si bien es posible el diálogo interdisciplinario, en su visión, es preciso evitar cualquier solapamiento. En ese sentido es ilustrativo lo afirmado en *La estructura de la acción social*, obra que marca el comienzo de su trayectoria ascendente: "Se suele protestar mucho contra los intentos de establecer fronteras entre las ciencias, de dividirlas en compartimientos de neto perfil. Se nos dice que todo saber es unitario, que el camino del progreso consiste en eliminar divisiones, no en establecerlas. Es posible simpatizar generalmente con el espíritu de esta protesta. Para la investigación empírica concreta es claramente imposible adherirse a cualesquiera campos netamente separados. El estudioso empírico perseguirá a sus problemas hasta donde sea

Si la sociología se fortalece y se consolida como una ciencia tomando distancia de las demandas sociales y priorizando su desarrollo como disciplina autónoma "en el nivel más puro posible", es este mismo fortalecimiento el que, poniéndola "de moda", estimula una mayor demanda susceptible de minar paradójicamente aquella fortaleza. Para Parsons, es imperativo entonces saber mantener los "equilibrios adecuados". La concentración primaria en el avance disciplinario no es necesariamente incompatible con una "buena ciudadanía" en la sociedad más amplia, siempre y cuando no sea olvidado que la tarea central de una profesión científica, y en este caso de los sociólogos, es el desarrollo de su disciplina y la formación de la nuevas generaciones (Parsons,1959:29). El sociólogo debe recordar que su lugar preponderante está en la academia, no en las diversas instituciones públicas o privadas de su sociedad ni tampoco en el espacio público donde se dirimen las grandes disputas ideológicas.

Parsons traza de ese modo una divisoria entre las distintas funciones que los sociólogos pueden asumir en su vida profesional, al tiempo que les atribuye diferentes valores en una escala jerarquizada. La actividad estrictamente académica está –y debe estar– por encima de las tareas que vinculan a los sociólogos con una audiencia o clientela más amplia. Más que un conjunto de quehaceres que pueden complementarse y retroalimentarse, ve en ellos un juego de suma cero.

Mills y la sociología como artesanía intelectual

La imaginación sociológica, publicada el mismo año que el texto de Parsons recién analizado, constituye una de las obras más célebres de la sociología del siglo pasado. Con una declarada vocación polémica y un estilo fuertemente agresivo que no rehuía la ridiculización de aquellos que definía como sus adversarios, la obra constituyó un grito de guerra contra la sociología dominante e inauguró el ascenso de la "sociología crítica" y de la "nueva izquierda" en Estados Unidos (Calhoun y *VanAntwerpen*, 2007).

El libro consumaba, a su vez, el proceso de creciente distanciamiento y crítica de la corriente principal de la sociología que su autor, luego de una falli-

y se negará a verse apartado por cualesquiera señales que digan: 'territorio extranjero'. [Ahora bien, e]s cosa excelente viajar por muchos países, pero el viajero que se niega a enterarse en alguna medida de las peculiaridades y costumbres locales de los países que visita es probable que se encuentre en apuros. Muchos viajeros han perdido su vida por pura ignorancia de estas cosas" (Parsons, 1971 [1937]: 919-920). Sobre los esfuerzos del joven Parsons tendientes a legitimar la sociología (en un marco institucional dominado por la economía neoclásica) y los factores sociales que condicionaron su visión sobre las divisiones disciplinarias, Cf. Blanco (2009).

da colaboración con Paul Lazarsfeld y Robert Merton, había emprendido desde mediados de los años cincuenta[9]. Denunciando las tendencias "deformantes" que operaban en la sociología contemporánea y hacían de ella un conjunto de saberes e instrumentos intelectuales al "servicio del poder", la obra se proponía recuperar "la promesa" del análisis social clásico: la promoción y establecimiento de las fuerzas de la razón y la libertad en la sociedad. "Mi propósito en este libro [afirmaba] es definir el significado de las ciencias sociales para las tareas culturales de nuestro tiempo" (Mills, 1974 [1959]: 37).

Según Mills, la sociología, lejos de limitarse a un ejercicio académico o profesional que puede desarrollarse confinado dentro los ámbitos universitarios e instituciones científicas, constituye una empresa intelectual con un irrenunciable compromiso público y moral tendiente al esclarecimiento de la conciencia del "hombre contemporáneo". Susceptible de generar un "modo nuevo de pensar", la sociología debe permitir a los individuos captar "lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos" para ponerlos, por esa vía, en mejores condiciones de operar sobre la historia y el desarrollo de su sociedad (Mills, 1974 [1959]: 27). La sociología asume, en esta visión, un rol ilustrador fundamental. De su efectiva implicación en los debates públicos parecen depender, en efecto, los destinos de las sociedades y su desarrollo.

Pero para poder desarrollar tal función es preciso que cultive una "cualidad mental" dejada de lado por buena parte de la sociología contemporánea: la "imaginación sociológica", operación intelectual capaz de conectar el proceso social general y las situaciones que los individuos deben enfrentar en sus vidas cotidianas[10]. Tal cualidad es, de hecho, crecientemente necesaria en un

9 Cabe recordar que Mills participó en una investigación coordinada por Lazasfeld y realizada en el marco del *Bureau of Applied Social Research*, financiada por una empresa privada interesada en mejorar sus políticas de comercialización. Luego de un comienzo auspicioso en el que Mills debió supervisar el trabajo de campo de un numeroso equipo de entrevistadores (que buscaba generar datos sobre la formación de la opinión pública en una ciudad pequeña del oeste estadounidense), surgieron profundas diferencias a la hora del análisis de los datos. El conflicto fue tal que llevó a Lazarsfeld a prescindir de los servicios de Mills. Desde entonces Mills se embarcó en un proceso de crítica de la investigación "burocratizada" (Mills, 1964a [1953] y 1964b [1954]) coronado por la aparición de *La imaginación sociológica*. Para un análisis pormenorizado de la relación entre Mills y Lazarsfeld, puede verse Summers (2006).

10 Esta operación, que vincula lo que aparece separado, la biografía y la historia, recuerda que "el individuo solo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época" (Mills, 1974 [1959]: 25).

mundo cada vez más complejo e incierto que resulta ininteligible para personas cuyas experiencias vitales se limitan a los medios sociales particulares en los que se desenvuelven y que son, por esa razón, "falsamente conscientes" de los factores estructurales que contribuyen a su malestar.

De allí, la función pública y moral del sociólogo y su disciplina: ofrecer un "nuevo modo de pensar" capaz de generar en los individuos desorientados "recapitulaciones adecuadas, estimaciones coherentes [y] orientaciones amplias" a partir de las cuales puedan desarrollar una "conciencia de sí mismo[s]" y de sus determinaciones más generales (Mills, 1974 [1959]: 27). Sin esta contribución a su reflexividad, los individuos viven las situaciones que les generan angustia o malestar como cuestiones individuales. El sociólogo debe propiciar pues la expresión de tales situaciones como cuestiones colectivas, rol político que hace de los aparentes problemas personales cuestiones públicas a resolver.

Esta función, lejos de despertar resistencias expresa una importante demanda social. Los individuos depositan en la sociología de manera creciente la expectativa de hallar las claves con las cuales interpretar su mundo social. En este sentido, Mills coincide con Parsons al señalar que "las ciencias sociales se están convirtiendo en un denominador común de nuestro período cultural" (Mills, 1974 [1959]:33). Pero toma distancias de sus reparos ante una situación que, instando a los sociólogos a intervenir en las disputas ideológicas, pondría en cuestión su autonomía. Mills, de hecho, defiende la implicación pública de la sociología como su verdadera y más profunda razón de ser[11].

Sin embargo, para que la sociología pueda estar a la altura de tal cometido, es preciso llevar a cabo una profunda crítica del campo sociológico contemporáneo que, según denunciaba Mills, había dejado de lado la imaginación sociológica y su compromiso con la causa de la libertad y de la razón. Como es conocido, dos son sus blancos principales: la "gran teoría" y el "empirismo abstracto".

Si la primera, cuyo exponente principal es precisamente Parsons, se dedica a la elaboración y reelaboración conceptual, tomada como un fin en sí mismo, en un nivel tan abstracto y general que pierde de vista la sociedad, la otra, representada por su antiguo mentor Lazarsfeld, afronta con decisión el estudio empírico de la realidad social pero lo hace de una manera tan fragmen-

11 Consciente de la extendida renuencia o resistencia a implicar las ciencias sociales en los debates y cuestiones públicas, Mills señala: "Muchos profesionales de la ciencia social, especialmente en los Estados Unidos, me parecen curiosamente renuentes a aceptar el reto que ahora se les lanza. De hecho, muchos abdican las tareas intelectuales y políticas del análisis social" (Mills, 1974 [1959]: 41).

taria y estandarizada que se vuelve igualmente impotente para poner en juego la imaginación sociológica[12].

Pero sus limitaciones para conocer la sociedad no pueden ser escindidas de la función política conservadora asumida por estas corrientes. Servidoras por igual de la "elite del poder", sus servicios son, no obstante, diferenciados. Mientras la "gran teoría" juega lo esencial de su contribución en el plano ideológico, presentando el conjunto de valores compartidos en una sociedad como una realidad sin relación con las divisiones sociales (y no como lo que son: un abanico de "símbolos de legitimación del amo"), el "empirismo abstracto" hace lo propio suministrando los medios técnicos para una dominación más eficiente y racional.

> La teoría sirve, en una gran diversidad de maneras, como justificación ideológica de la autoridad. La investigación para fines burocráticos sirve para hacer la autoridad más efectiva y más eficaz, proporcionando información útil para los planeadores autoritarios (Mills, 1974 [1959]: 133).

Ahora bien, es la función del "empirismo abstracto" la que más preocupa a Mills dada la magnitud que han alcanzado sus imbricaciones con los "grupos dominantes" (empresas, Estado, fuerzas armadas). Si Parsons proponía una relación mediatizada de los sociólogos con la aplicación instrumental de sus conocimientos (en detrimento de la consultoría como práctica asumida directamente), Mills denuncia esta actividad como la sumisión sin fisuras a los intereses que financian o contratan esos servicios. Es decir, como la aceptación ineludible de su perspectiva política y moral. Y como los actores que pueden contratar los servicios de una ciencia social burocratizada (y por ello mismo costosa), son los factores de poder, es claro para Mills a favor de quién juegan los sociólogos por ellos empleados. La sociología que había prometido la defensa de la libertad y de la razón deviene, en esas condiciones, un instrumento de control social más a favor de los poderosos.

Sin margen de negociación posible, aceptar sus recursos impide cualquier ejercicio crítico: el sociólogo se convierte en un mero "técnico" o "practicón" que, renunciando a la imaginación sociológica, se "vende" al mejor postor. Ya no tiene ante sí públicos amplios sino tomadores de decisión, ya no elige

12 Contra cualquier absolutización de la teoría o del método, ambos momentos necesarios de la investigación, Mills sostiene que el "fetichismo del concepto" es tan perjudicial como la "inhibición metodológica". "Como prácticas, podemos ver en ellas medios que garantizan que no aprenderemos mucho acerca del hombre y de la sociedad, la primera por su oscurantismo formal y nebuloso, y la segunda por su inventiva formal y vacía" (Mills, 1974 [1959]: 92).

sus problemas en conexión con los malestares de su época sino que le vienen impuestos por las necesidades de su cliente, ya no genera un conocimiento crítico sino que debe aceptar el *statu quo* conveniente a quienes lo financian (Mills, 1974 [1959]: 111).

Se comprende entonces que entre el conocimiento generado en condiciones de autonomía y aquel surgido del trabajo de consultoría, Mills plantee una solución de continuidad. Respondiendo a distintas necesidades, entre uno y otro, no hay colaboración o diálogos posibles. La investigación social bien puede tener utilidad "administrativa" pero carece de toda relevancia para los problemas que se plantea la verdadera ciencia social.

Como apunta Sterne (2005), al trazar esta frontera entre investigación social e investigación aplicada, Mills retomaba sin decirlo la divisoria planteada en 1941 por el propio Lazarsfeld entre "investigación crítica" e "investigación administrativa" (en la revista editada por Max Horkheimer en Estados Unidos). Ahora bien, mientras el fundador del *Bureau of Applied Social Science*, concebía ambas investigaciones como los polos de un continuo entre los que debía haber intercambio (Lazarsfeld, 2004 [1941])[13], Mills las presentó como opciones contrapuestas: de un lado la verdadera ciencia social, del otro la investigación al servicio de los poderosos y el sistema opresivo del que se benefician[14].

Sin reconocer diálogos o cruces posibles, el sociólogo ha de decidir en qué bando se ubica: o con sus ideas e investigaciones legitima "la organización de poder y el ascendiente de los poderosos", o por el contrario, busca contribuir a debilitarlos luchando contra las imágenes en las que sustentan su ascen-

13 Demostrativo de esto es el conocido intento, fallido por cierto, de colaboración de Lazarsfeld con Th. Adorno en el marco de un programa de investigación sobre la música en las emisoras de radio. Al respecto, pueden verse Picó (1998) y Pollack (1979).

14 Según Sterne, en lo sucesivo esta divisoria alcanzó una amplia difusión en la ciencia social norteamericana, constituyendo un principio que no sólo dividía las investigaciones de acuerdo al origen de sus fondos o a sus destinatarios sino a partir de un amplio conjunto de atributos. Si la investigación administrativa evocaba la imagen de grandes institutos y equipos de investigación, métodos estadísticos y una filosofía positivista, la investigación crítica evocaba la figura del profesor solitario, un enfoque histórico o etnográfico y un compromiso con la investigación cualitativa. Crítico de tal divisoria, Sterne señala que actualmente "hemos osificado las categorías de Lazarsfeld en una ontología de métodos de investigación y disposiciones filosóficas" que distribuye los métodos y enfoques por razones sociales más que intelectuales (Sterne, 2005:68).

diente. Puesto en términos más claros, o se hace sociología "para" el poder o "sobre" el poder (Mills, 1974 [1959]: 97). El desarrollo de una disciplina efectivamente crítica no admite hibridaciones, porosidades o traslapes[15].

En ese marco, el único lugar para llevar a cabo la actividad sociológica es la academia, ámbito donde la autonomía del investigador puede ser preservada. Ello, siempre y cuando la burocratización de la ciencia social y los vínculos que supone con los actores poderosos que demandan sus servicios y financian su compleja y costosa organización, no haya inficionado su quehacer tradicional, "expropiando" los medios de investigación y con ello condicionando las investigaciones de acuerdo a sus intereses particulares.

En ese marco, y contra las tendencias a la burocratización que vinculan, según su visión, la academia norteamericana con los factores de poder (y los recursos que pueden ofrecer), Mills reivindica un ejercicio de la investigación social inspirado en la imagen del "artesano" individual y rechaza la integración en grandes institutos de investigación.

15 Eso, en buena medida, estaba en contradicción con la propia trayectoria de Mills que era una expresión de tales cruces. Luego de un atento análisis de las principales obras del autor de *La imaginación sociológica*, Sterne no duda en afirmar que su trabajo sólo pudo ser posible gracias a la participación en el tipo de investigaciones "burocratizadas" que luego cuestionaría, con sus amplios equipos de investigación, grandes encuestas y sofisticados procesos estadísticos. "Esto no equivale a decir que la investigación administrativa y crítica son la misma cosa o que Mills debería ser considerado un investigador administrativo. Antes bien, él debería ser considerado un caso híbrido interesante. Su sensibilidad política, su estilo ensayístico y su inteligencia sarcástica son fundamentales para su recepción actual, pero detrás de este estilo distintivo de presentación hay una trayectoria profesional que es al menos en parte administrativa. De modo que la biografía de Mills sugiere que la investigación crítica y administrativa tienen una historia más entrelazada de lo que usualmente se reconoce" (Sterne, 2005:70). De hecho, si Mills aparece hoy como una de las figuras más representativas de la sociología crítica, mucho se debe a la propia presentación que hizo de sí mismo. Sterne, en este sentido, sostiene que "el Mills" que aparece en *La imaginación sociológica* y, en particular en su apéndice "Sobre artesanía intelectual", no sería "el Mills verdadero sino el Mills que Mills quiso ser" (Sterne, 2005:85). Como apunta Burawoy: "Él pinta una imagen romántica del sociólogo solitario no corrompido por el ambiente académico –un autorretrato de su aislamiento y alienación del mundo académico. Esta imagen es una visión absurdamente antisociológica de la sociología profesional –una lucha maniquea entre dios y el demonio– que justificaba su propio abandono de ese mundo" (Burawoy, 2011:161).

Touraine y la sociología como crítica del orden social

Publicado en 1974, en *Pour la sociologie* Alain Touraine se propone dar una "definición firme" de la práctica de la sociología, capaz de explicitar su lugar y objetivo en las sociedades contemporáneas[16]. Aparecido un año después de *Production de la societé*, obra central donde Touraine fijaba el marco conceptual de su propuesta organizada en torno a los conceptos de *historicidad* y *movimientos sociales*, la nueva publicación, según el autor, no debía leerse como un libro de teoría o manual de iniciación a la disciplina, sino por el contrario como una contribución tendiente a la definición de una "propedéutica" para los sociólogos.

De la misma manera que Mills, la sociología para Touraine constituye una actividad intelectual que está y debe estar decididamente implicada en el desarrollo y conflictos de las sociedades contemporáneas Lejos de presentarla como un conjunto de saberes o tradiciones desarrollados en el medio universitario, sin mayor razón de ser que la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo, la sociología, sin reemplazar nunca la acción e iniciativas de los grupos sociales, puede representar una fuerza capaz de influir y condicionar fuertemente los derroteros y orientaciones de las sociedades contemporáneas.

El rol central de la sociología posee un carácter eminentemente negativo: cuestionar los fundamentos naturalizadores del orden social. En la medida en que todo orden social tiende a legitimar su dominio y asegurar su reproducción sobre la base de un conjunto de principios considerados "trascendentes" o "sagrados", que apuntan a ocultar el hecho de que la sociedad es el producto de las acciones de la propia sociedad sobre sí misma, el sociólogo debe arremeter contra toda explicación de la sociedad y su desarrollo que no tenga como principio la acción de sus miembros. Si en algún momento fue la idea de Dios la que sancionó el orden vigente como una realidad ajena a la intervención de los hombres, actualmente, señala el autor, existe un conjunto variado de principios que, en una sociedad relativamente secularizada, acometen la misma función. "Modernización", "orden", "mercado" o "interés general", cuando son tomados como valores sagrados incuestionables o tendencias inmanentes de la historia, no dejan de operar como principios "metasociales" justificadores del orden social vigente y defensores de su intangibilidad. El actor social, influido por ellos, percibe la sociedad como una cosa, como un orden ajeno a su acción. La función de la sociología es, en ese marco, emprender una incansable crítica ideológica que busque

16 El libro apareció en español sólo cuatro años más tarde.

> contribuir a que los miembros de una sociedad se comporten en ella como actores en la mayor medida posible y a que la misma sociedad se vea liberada de su orden, sus ideologías y retóricas para presentarse como un conjunto de sistemas de acción por medio de los cuales, a través de tensiones y conflictos, un conjunto social actúa sobre sí mismo, sobre su organización y sobre su cambio. La meta de la sociología estriba en activar a la sociedad, hacer visibles sus movimientos, contribuir a la formación de éstos, destruir todo cuanto impone una unidad substantiva –valor o poder– a una colectividad (Touraine, 1978 [1974]: 321,322).

Ahora bien, la acción crítica que define a la sociología no se realiza sin consecuencias. Lejos de ser receptivas a la función de los sociólogos, las sociedades presentan fuertes resistencias a la crítica o cuestionamiento de los fundamentos en los que descansan[17]. La acción de la sociología, como la entiende Touraine, ya no goza de la receptividad del público profano que postulaban, aun con sus diferencias, Parsons o Mills.

Si, como es de esperar, la resistencia es muy marcada de parte de los detentadores del poder, quienes siempre "tratan de legitimar su posición dominante situándola en un orden metasocial", aquélla no es menor en el caso de los dominados. Aun cuando, según proclama Touraine, el sociólogo debe estar siempre a favor de los grupos subalternos y luchar sin descanso contra las falsas pretensiones del orden y de sus alegatos, gravitando "con todo su peso en pro de la sombra, del interdicto, de los explotados, de los colonizados", no debe nunca devenir su portavoz o confundir su acción con la de ellos. Ello es así porque la apelación a principios metasociales, negadores de la acción de los miembros de una sociedad para producir esa sociedad, no es un privilegio exclusivo de los poderosos. "Todos los que están dominados y todos los que luchan contra la dominación apelan asimismo [...] a un orden, a unos valores, a un poder nuevos" (Touraine, 1978 [1974]:17). El sociólogo que se mimetizara con los dominados olvidaría la función principal de una disciplina que todo lo corroe y que debe contrariar sin descanso "de un modo casi insoportable la necesidad de pertenencia y de identidad" que todo colectivo supone, siempre fundadas en dimensiones consideradas sagradas y por ello ubicadas por encima de las orientaciones de los individuos y grupos de

17 Si estas resistencias pueden llevar al marginamiento de los sociólogos en la actividad académica, que quedan de esa forma "recluidos" en los muros universitarios e incapacitados de emprender la tarea propia de su disciplina, otras veces pueden traducirse lisa y llanamente en la prohibición de sus actividades y desarticulación de sus instituciones. Como el propio Touraine pudo observar en primera persona durante su estancia en Chile en 1973.

una sociedad[18]. En lo que podría tomarse como una respuesta a Mills y la idea de la "imaginación sociológica", Touraine aclara:

> La resistencia opuesta a la sociología es normal: el punto de vista del análisis nunca puede confundirse con el punto de vista del actor. La sociología ni puede satisfacer a los hombres, ni puede darles nunca la impresión de comprender, de recobrar la experiencia vivida" (Touraine, 1978 [1974]:15).

Así, si por un lado el sociólogo no es un mero espectador de lo que ocurre en la sociedad, como quisiera la sociología que se recluye en la academia, por el otro, tampoco es un protagonista que escribe en primera persona sobre el desarrollo de los hechos sociales. En este marco, Touraine plantea una relación compleja entre el sociólogo y lo que denomina "movimientos sociales", ese concepto que reúne y expresa un conjunto de conductas colectivas que, coincidiendo con la prédica de la sociología, apuntan a tomar la producción de la sociedad en sus propias manos, disputando los sentidos que congelan y ponen fuera de la intervención de sus miembros el orden establecido.

Sociología y movimientos sociales son co-constitutivos. Si el movimiento social "no puede constituirse por completo sin la intervención del sociólogo" y su acción tendiente a anticipar los conflictos y las crisis en ciernes, éste a su vez no podría recusar la aparente positividad del orden sin la existencia de aquel cuestionamiento práctico. El movimiento social produce la sociología al tiempo que el sociólogo revela el sentido del movimiento social[19].

> La sociología no existiría si no existieran unos movimientos sociales. La sociología debe admitir el paralelismo que existe entre la crítica social y el conocimiento sociológico. Quien no es arrastrado por la ola de los movimientos sociales, se encuentra encerrado en las convenciones del orden social (Touraine, 1978 [1974]:66).

18 La sociología implica siempre, según destaca el sociólogo francés una y otra vez, un "desgarramiento personal" pues el sociólogo que se mantiene fiel a su tarea "nunca puede saborear los goces de la "comunidad" (Touraine, 1978 [1974]:53).

19 Touraine sostiene, en este sentido, que "no era posible la existencia de la sociología mientras no aparecieran unas sociedades que se reconocieran como el producto de su propia acción sobre ellas mismas" (Touraine, 1978 [1974]:285). La relación entre sociología y sociedad no deja de ser ambigua. Si el desarrollo de los movimientos sociales que operan en el plano de la historicidad promueve el desarrollo de la primera, las resistencias contra el ejercicio crítico de los fundamentos de todo orden social, por definición, no pueden desaparecer nunca del todo.

Ahora bien, apenas el movimiento pasa de la crítica a la afirmación de un nuevo orden o conjunto de principios, el sociólogo debe hacerse a un lado. El sociólogo no es un "intelectual orgánico" o profeta capaz de anunciar las bases de una nueva sociedad. Su labor es siempre crítica y nunca afirmativa. En un juego en el que "ninguna neutralidad es posible entre el que domina y el que es dominado" (Touraine, 1978 [1974]:16), el sociólogo, es cierto, enfrenta sin descansos la ideología y los instrumentos de control social pero, terminando su intervención allí, nunca sube a "una tribuna para vaticinar o revelar a una muchedumbre atenta el panorama que ofrece la sociedad actual y el futuro de la misma" (Touraine, 1978 [1974]:326). Touraine es claro e insistente al respecto: "aunque el sociólogo tenga que ser un hombre apasionado, nunca debe ser un hombre de creencias" (Touraine, 1978 [1974]:28).

Así definida la sociología y su función en la sociedad, Touraine denuncia dos "desviaciones" en la práctica contemporánea de la disciplina que amenazan su potencial crítico y que, ya sea por déficit o por exceso en su implicación con la sociedad, tienen un mismo resultado debilitador de la sociología. Cuestión de límites o equilibrios, la sociología no puede prescindir de sus vínculos con la acción social pero tampoco puede identificarse con ella.

Por una parte, Touraine rechaza el ejercicio de la disciplina asumido como práctica meramente académica. En su visión, ello convierte al sociólogo en un "funcionario cultural" encerrado en un "corporativismo" que lo mantiene, aun cuando se pretenda muy crítico o revolucionario[20], al margen del proceso histórico y de las controversias que hacen al desarrollo de su sociedad. En esa situación, es incapaz de cumplir con su función en la formación de los movimientos sociales.

Por la otra, Touraine recusa la utilización de los saberes sociológicos para dar respuestas a demandas sociales puntuales. Su instrumentalización como insumo "útil" de diferentes actores sociales confunde, en su visión, los fines del sociólogo con los fines del actor para el cual trabaja, impidiendo, por esa vía, el desarrollo de su labor crítica.

En esa línea, Touraine considera que la sociología debe realizarse en el marco de la más estricta autonomía. En ese sentido, cualquier implicación que amenace esta situación y tienda a identificar los intereses del sociólogo con los de algún actor social, vicia su labor a punto tal que ya no puede ser considerada dentro de los márgenes de la sociología. Será "propagandista" o "cortesano" si

20 "No se trata de encerrar a los sociólogos en ghettos cuyo aparente aislamiento sería excesivamente cómodo para el orden social dominante: se encerraría entonces al pensamiento crítico como se encierra ahora a los locos o a los delincuentes y por la mismas razones de orden" (Touraine, 1978 [1974]: 55).

se asocia con los poderosos, será "ideólogo" o "intelectual orgánico de izquierda" si trabaja para los dominados. Pero nunca "sociólogo"[21].

Particular mención merecen las prevenciones de Touraine sobre la incorporación de los sociólogos al Estado. Lejos de aceptar el discurso que lo presenta como representante del "interés general" ubicado por encima de las divisiones sociales, considera que se trata de un actor social más contra el cual, dado la legitimidad de que suele gozar su accionar, es preciso aguzar la crítica tendiente a desnudar los fundamentos metasociales en los que se funda. Sea que asuma un rol ideológico, defendiendo al Estado como la realidad capaz de suturar las fracturas sociales, sea que devenga un proveedor de información técnica útil tendiente a ilustrar las decisiones del "príncipe", Touraine no duda en afirmar, sin reconocer matices posibles, que el sociólogo que trabaja en el Estado deja de ser sociólogo. Sin reconocer una mínima capacidad de negociación, el ejercicio de la función crítica ya no es posible en la medida en que, empleado por esta institución, debe aceptar sus puntos de vista respecto de "lo central y de lo marginal, de lo normal y de lo patológico, de lo superior y de lo inferior" (Touraine, 1978 [1974]:13)[22].

Contra cualquier implicación con las demandas de los grupos sociales o ejercicio aplicado de su disciplina, Touraine, en línea con Mills, plantea un dilema de "todo o nada":

> La sociología debe pronunciarse sin ambages acerca de sus vinculaciones con el poder político. O bien se atribuye la función de hallar detrás del orden y de las ideologías las relaciones sociales y los efectos de dominación, y entonces esta obra de conocimiento crítico resulta liberadora, pero contraria a

21 Optando por alguna de esas opciones, Touraine reconoce que el sociólogo podrá "ser un personaje importante y contribuir a crear el acontecimiento, pero en tal caso se vuelve de espaldas al análisis. Porque nada se halla tan alejado del conocimiento sociológico como las imágenes que se dan de sí mismos una sociedad, un grupo, una colectividad, un actor" (Touraine, 1978 [1974]:32).

22 Este llamado de atención es particularmente necesario para los sociólogos franceses. "Hemos de trabajar denodadamente en Francia para desacralizar el Estado, para superar la oposición existente entre lo público y lo privado y la pretensión de los funcionarios, tanto si son los de puentes y caminos como los de la enseñanza, de ser los agentes del interés general" (Touraine, 1978 [1974]:291). En su opinión, "la sociología siempre se ha sentido tentada por esa función de integración social y cultural, que es propia de las clases medias. Si la sociedad se halla cuarteada, desgarrada por los intereses, los conflictos y las crisis, ¿no estriba la misión del sociólogo en hallar de nuevo su espíritu, conferirle una unidad[?]" (Touraine, 1978 [1974]:31).

> los actores que ejercen o tratan de ejercer el poder, o bien, por el contrario, procura ser útil e intentar vincularse a una fuerza social o a un partido (Touraine, 1978 [1974]:38).

Amenazada por la ideología y la sumisión a las iniciativas y necesidades de los actores sociales, Touraine reconoce, como antes Parsons o Mills, que el único lugar adecuado para la práctica de la sociología reside en la academia pues, a condición de no caer en la marginación propia del academicismo, es allí donde mejor pueden resistirse "las presiones culturales y sociales que se ejercen sobre los sociólogos" (Touraine, 1978 [1974]:54). No obstante, insiste una y otra vez, contra la visión de Parsons y acercándose a Mills.

> Tal posición no constituye en modo alguno un prudente repliegue a un profesionalismo que rápidamente pasaría a ser corporativista, sino que es una posición muy militante, que lucha contra el objetivo perseguido por el poder y las ideologías, aunque se alza al mismo tiempo [contra cualquier implicación excesiva] en defensa del conocimiento" (Touraine, 1978 [1974]:21).

Touraine traza de ese modo unas fronteras fuertemente marcadas entre la sociología y la falsa o pretendida sociología. El sociólogo no es el "intelectual orgánico" de ninguna clase, el funcionario técnico de la administración estatal ni tampoco el profesional académico recluido en sus clases y el instituto de investigación, sino quien, trabajando en la soledad de un oficio ciertamente sacrificado, con un pie en la academia y otro fuera, se compromete con su tiempo y sus congéneres en una acción intelectual crítica que, sin descansos o pausas, recuerda a los miembros de una sociedad que ella no es más que el producto de las orientaciones y acciones que puedan poner en juego. Como afirmaba en una autobiografía escrita en esos años:

> El sociólogo no puede conformarse con observar, debe intervenir. De manera que el interés del conocimiento no es aislable del progreso de los propios movimientos sociales. La sociología no merece que se le dedique la vida si no es capaz de conducir a prácticas liberadoras. Es necesario que el sociólogo produzca sociología, pero este trabajo de conocimiento no puede ser separado de su intervención para acrecentar la capacidad de acción de la mayoría sobre su experiencia colectiva y personal (Touraine, 1978b [1977]).

Bourdieu y la sociología como ciencia que incomoda

Pierre Bourdieu tomó posición explícita sobre los objetivos y límites de la sociología en diversas oportunidades y contextos, sin rehuir nunca el tono polémico. Publicada en 1984, *Cuestiones de sociología* recoge un conjunto de intervenciones donde Bourdieu delimita de manera particularmente contundente su concepción de la sociología. El texto aparecido en español bajó el título *Sociología y cultura* seis años más tarde agregaba a la versión original la céle-

bre "Clase inaugural" que el sociólogo francés pronunció en 1982 al asumir la cátedra de Sociología del *College de France*. Allí, delante de la intelectualidad francesa más encumbrada, expuso también su visión sobre lo que la ciencia del mundo social era y debía ser.

Según Bourdieu la sociología constituye una ciencia "como las demás". La función primaria del sociólogo es producir verdades objetivas, racionales y empíricamente fundamentadas sobre el mundo social. Defensor sin descansos de su carácter "científico", la sociología posee, según su visión, "todas las propiedades que definen una ciencia: sistemas coherentes de hipótesis, de conceptos, de métodos de verificación" (Bourdieu, 2008 [1984]:22). La sociología, tanto como las ciencias naturales, debe procurar, en ese sentido, romper con las representaciones de sentido común que rodean a su objeto y lo deforman.

Ahora bien, dada las características de la realidad que aborda, la sociología encuentra obstáculos y resistencias particularmente fuertes, desconocidas por las ciencias del mundo natural. Esos obstáculos y resistencias derivan de los "intereses sociales" bien concretos que el abordaje científico del mundo social no puede dejar de comprometer o cuestionar. "La sociología [recuerda en el prólogo de su libro] afecta intereses que pueden ser vitales" (Bourdieu, 1990 [1984]:51).

Productora de representaciones sobre el mundo social, aun cuando no se proponga saldar las disputas por definir la verdad sobre ese mundo en la que están comprometidos los actores sociales (sino que, por el contrario, hace de esas disputas su objeto de estudio), su discurso está implicado ineludiblemente en esas luchas. No sólo porque sus descripciones o interpretaciones sobre una situación o hecho social puedan ser tomadas como prescripciones o juicios a favor de unos u otros[23], sino porque su conocimiento conmueve y corroe las creencias en

23 Explicando el malentendido secular entre sociología y público profano, sostiene: "casi nunca se habla del mundo social para decir lo que es y casi siempre para decir lo que debería ser. El discurso sobre el mundo social casi siempre es performativo: contiene deseos, exhortaciones, reproches, órdenes, etc. De lo que resulta que el discurso del sociólogo, a pesar de que se esfuerce por ser constatativo, tenga todas las probabilidades de ser percibido como performativo" (Bourdieu, 2008) [1984]: 42). De ahí su defensa de un vocabulario técnico y específico para la sociología. Cabe señalar el análisis de Burawoy al respecto: "Si bien es el hogar de la sociología, Francia tuvo siempre dificultades para desarrollar una sociología profesional autónoma, separada de la reforma social y el discurso público o político. En este sentido, el contexto académico de Bourdieu es muy diferente al de Mills. Si uno luchaba por crear una ciencia contra el sentido común, el otro estaba sofocado por el profesionalismo y luchaba por reconectar con el sentido común. Esto explica, al

las que descansa todo orden social. Ciencia iconoclasta, su acción "descubre la *self-deception*, la mentira dirigida a sí mismo que se mantiene y alienta colectivamente y que en todas las sociedades es la base de los valores más sagrados y, con esto, de toda la existencia social" (Bourdieu, 1990 [1982]:67).

Ahora bien, en la medida en que tales creencias o valores no son neutros o inocuos sino que implican relaciones de dominación a las cuales legitiman, la sociología necesariamente entra en conflicto con los intereses de los actores dominantes. Como Bourdieu no se cansa de repetir, "no hay poder que no le deba una parte –y no la menor– de su eficacia al desconocimiento de los mecanismos que lo fundamentan" (Bourdieu, 2008 [1984]:29). Como en Mills o Touraine, la sociología se construye contra el poder y es ahí donde reside su potencial emancipatorio: dando cuenta del sentido objetivo de sus acciones, sentido que escapa a sus conciencias, los actores pueden desmitificar el orden simbólico que los ubica en una situación subordinada y los somete. El conocimiento, señala Bourdieu, "por sí solo" puede tener una función "liberadora" (Bourdieu 1990 [1982]:61).

Sin embargo, Bourdieu no guarda demasiadas expectativas al respecto. Si quienes dominan no se muestran muy receptivos a la sociología, la situación no es muy distinta con los dominados, aquellos que precisamente podrían beneficiarse con la acción ilustradora de la ciencia.

> La desdicha del sociólogo es que, generalmente, quienes poseen los medios técnicos para apropiarse lo que dice no tienen el menor deseo de apropiárselo, el menor *interés* en apropiárselo; más aún, incluso tienen poderosos intereses en rechazarlo [;] mientras que aquellos que tendrían interés en apropiárselo no poseen los instrumentos de apropiación (cultura teórica, etc.) (Bourdieu, 2008 [1984]:43).

Resistida por unos, ignorada por otros, la sociología, es una empresa "sin base social", una práctica social que, "socio-lógicamente", no debería existir[24].

menos en parte, la oposición en sus estilos de escritura, uno siempre simple y accesible, el otro dominado por construcciones lingüísticas complejas y la creación de conceptos esotéricos" (Burawoy, 2011:160).

24 De hecho, según Bourdieu, la sociología desde sus orígenes ha debido presentarse como una "ciencia pura" sin conexión con la sociedad a fin de no ser víctima de las resistencias que su carácter crítico o subversivo conlleva. "Es comprensible que esta ciencia sociológicamente imposible, capaz de develar lo que sociológicamente debería permanecer enmascarado, no pudiera nacer más que a partir de un engaño sobre sus fines, y que quien quiera practicar la sociología como ciencia deba reproducir incesantemente este fraude original" (Bourdieu, 2008 [1984]:50).

Lejos de estar en el centro de la dinámica social como sostenía Mills o como postulaba Touraine, para Bourdieu la sociología no existiría sino fuera por su institucionalización como disciplina universitaria. Sin la autonomía ofrecida por las instituciones académicas, según insistió una y otra vez, no podría haber conocimiento crítico sobre el mundo social. Sin ella no podría desarrollarse una práctica que nadie –de los que están en condiciones de hacerle encargos o financiarla– ha promovido y que ofrece lo que nadie le demanda: "verdad sobre el mundo social" (Bourdieu, 2008 [1984]:49,50).

Así definida la sociología, Bourdieu reacciona contra dos tendencias deformantes que hablando en nombre de la disciplina no apuntan –aun cuando se lo propusieran honestamente– a formular un conocimiento objetivo y racional de la sociedad. De un lado, el sociólogo francés arremete contra los "opinólogos" o "ensayistas" que participan activamente en los debates públicos rebasando permanentemente los límites de la ciencia. Contra ellos, Bourdieu como Touraine, rechaza cualquier forma de "profetismo":

> Pero quizás la única función de la sociología sea la de poner en evidencia, tanto mediante sus lagunas visibles como mediante sus logros, lo límites del conocimiento del mundo social y dificultar así todas las formas del profetismo, comenzando, por supuesto, por el profetismo que se proclama como ciencia (Bourdieu, 1984 [2008]:34,35).

Del otro, y con un mismo encono, Bourdieu recusa la labor de quienes se insertan como consultores o asesores en dependencias estatales o empresas pues considera que un trabajo que apunta a dar respuestas a los problemas de una institución contratante los convierte, lo deseen o no, en "servidores de sus intereses". Estos sociólogos, olvidando que la sociología es un conocimiento que sólo se produce en condiciones de absoluta autonomía, sin otra finalidad inicial que "comprender por comprender", ponen su disciplina "al servicio de la gestión del orden establecido" (Bourdieu, 1984 [2008]: 28). Como ocurría en Mills o Touraine, quienes trabajan en esas condiciones quedan fuera de la sociología. Entre su trabajo y el que realizan los sociólogos en la academia, hay una diferencia insalvable, una brecha que excluye cualquier diálogo o colaboración ya que sus objetivos son irreconciliables: mientras unos buscan ante todo "conocer", los otros apunta a hacer más eficiente la dominación.

> Buena parte de los que se hacen denominar sociólogos o economistas son ingenieros sociales que tienen por función proporcionar recetas a los dirigentes de las empresas privadas y de las administraciones. Ofrecen una racionalización del conocimiento práctico o semi-práctico del mundo social que poseen los miembros de la clase dominante. Los gobernantes necesitan hoy en día una ciencia capaz de racionalizar –en el doble sentido de la palabra– la dominación; capaz al mismo tiempo de reforzar los mecanismos que la aseguran y de legitimarla. Es obvio que esta ciencia encuentra

> sus límites en sus funciones prácticas: ya se trate de los ingenieros sociales o de la de los dirigentes económicos, jamás puede llegar a un cuestionamiento radical (Bourdieu, 2008 [1984]:28,29)[25].

En un mundo donde lo científicamente útil es contrario a lo socialmente útil, las demandas que la sociedad hace a la sociología deben ser rechazadas sin miramientos pues "siempre vienen acompañadas de presiones, conminaciones o seducciones" (Bourdieu, 1990 [1982]:64). El mayor bien que se le puede hacer al sociólogo es no pedirle nada. Su rol deviene entonces aquel del estricto observador exterior, opuesto a cualquier ejercicio profesional susceptible de afectar su autonomía científica. En esta concepción, la práctica de la sociología sólo es posible si su producción no mantiene relación con clientelas exteriores al grupo de pares, liberada de toda finalidad comercial o política.

Sólo la academia figura, una vez más, como ámbito de inserción profesional legítimo. Sólo allí el sociólogo está en condiciones de develar las verda-

25 Ante un auditorio norteamericano y refiriéndose a la situación de posguerra, momento de fuerte expansión de la sociología aplicada en ese país y de consolidación de la sociología académica, el sociólogo francés no duda en señalar que el descubrimiento de la "función sociopolítica" de los sociólogos, expresado en su incorporación a las dependencias administrativas y en el amplio financiamiento que recibieron para abordar los "problemas sociales del día", constituye su conversión en "intelectuales orgánicos de la clase dominante" (Bourdieu,1991:378). En el mismo sentido apunta su crítica a la noción de "profesión" movilizada por las figuras más representativas del período (la triada capitolina: Parsons, Lazarsfeld y Merton). En la visión del sociólogo francés, la teoría de las profesiones, de gran auge en aquellos años, constituye una expresión de la "ideología profesional" de las profesiones, estatus favorecido y bien recompensado que los sociólogos del *Establisment* aspiraban alcanzar. "En la noción preconstruida de 'profesión' […] menos que una descripción de la realidad social, podemos legítimamente ver una contribución práctica a la construcción en marcha de la sociología como una 'profesión'" (Bourdieu, 1991:379). En el mismo sentido, apunta Heilbron al sostener que el auge de la noción de profesión "se sitúa en un contexto marcado por los esfuerzos de los sociólogos por reivindicar el estatuto de especialistas 'profesionales' de las sociedades modernas; esfuerzos ligados a una demanda relativamente fuerte de conocimiento [*expertise*] social sobre todo en los Estados Unidos luego de la crisis de 1929 […] La importación de nociones y representaciones 'nativas' se comprende en gran parte por las estrategias de los sociólogos para hacerse reconocer como una 'profesión'" (Heilbron, 1986:65).

des que su sociedad reprime y cumplir con su papel como razón crítica del poder y denunciadora de las bases ocultas de la dominación[26].

Como es sabido, la postura de Bourdieu sobre la relación del sociólogo o el intelectual con su sociedad fue variando a lo largo del tiempo. Aquí, se analizó un conjunto de intervenciones correspondientes al "primer Bourdieu". Si bien, como vimos, siempre creyó en que la práctica científica de la sociología poseía implicaciones políticas liberadoras, en los últimos años de su vida su actividad intelectual se volvió mucho más pública y mediática. Su libro *Sobre la televisión* (2010) y las intervenciones recogidas en *Contrafuegos* (1999), entre otras obras, dan cuenta de su compromiso público contra el neoliberalismo y el giro conservador de la política francesa. Su cambio de actitud respecto de la participación pública del sociólogo o intelectual no mereció, sin embargo, una justificación explícita (De Syngly, 2006)[27].

26 La concepción de la sociología promovida por Bourdieu tuvo un gran influjo en la percepción de los sociólogos en Francia. Según Piriou (1999), su visión es uno de los factores clave a la hora de dar cuenta de la hegemonía del modelo del "investigador-docente" que dominó indiscutidamente –al menos- en el período que va de fines de los sesenta a mediados de los ochenta. Si desde la posguerra, había habido definidas tentativas por organizar la sociología como una profesión, capaz de contener en una relación de mutuo soporte la docencia, la investigación académica y el ejercicio práctico en empresas, dependencias estatales y otras instituciones, los eventos de 1968 propiciaron un clima de fuerte ideologización y crítica de la sociología aplicada. "En esas condiciones, la división del trabajo no pon[ía ya] en relación un conjunto de segmentos reconocidos como complementarios y constitutivos con igual derecho de la profesión, por el contrario, reina[ba] una fuerte jerarquía entre ellos. La figura de proa del modelo de oficio científico difundido por los sociólogos aparece en la obra fundadora de Pierre Bourdieu, Jean-Christophe Chamboredon et Jean-Claude Passeron, editada en 1968 *El oficio de sociólogo*. Durante casi quince años […] este modelo profesional va a devenir la concepción dominante de la sociología y, por efecto de iniciación y de interiorización, aquella de los nuevos graduados. Durante este tiempo, Pierre Bourdieu perpetúa la concepción de una sociología científica, autónoma, crítica y universalista" (Piriou, 1999:56). Según Piriou, esta concepción lleva a los sociólogos franceses a conceder un lugar subalterno a las actividades de aplicación y, en el peor de los casos, a excluirlas de la definición legítima de la disciplina. "El oficio de sociólogo es la investigación (funcionando en completa autonomía), punto! […] Lo que cuenta para reconocerse como sociólogo y ser reconocido como tal es ser docente universitario o investigador" (Piriou, 1999:57).

27 Como apunta Burawoy tal tarea no era sencilla ya que había que sortear una complicada paradoja. "Bourdieu reconoce que el rol de las ideas sólo puede tener un efecto limitado sobre el cambio social. Los dominados, que tienen

Conclusiones

En 2004, Michael Burawoy, entonces presidente de la *American Sociological Association* pronunció un discurso, de gran repercusión en el ámbito internacional de la sociología, en el que llamaba a los sociólogos a comprometerse de manera decidida con aquello que sucede más allá de los muros universitarios. Se trataba, según su visión, de promover la "sociología pública": una sociología construida a partir del diálogo con diversos actores y movimientos sociales capaz de recuperar la "vocación primigenia" de la disciplina por la intervención en la sociedad "para crear un mundo mejor" (Burawoy, 2005:222). Tal vocación estaba amenazada por la expansión de un entramado académico que, con particular fuerza en los Estados Unidos (pero no sólo allí), había venido encerrándose cada vez más, reduciéndose de modo creciente a un diálogo entre pares entre los cuales, sin demasiadas conexiones con el mundo "exterior", la producción del conocimiento tendía a aparecer como un fin en sí mismo[28]. Ante semejante situación, de acuerdo a lo propuesto por Burawoy, los sociólogos debían salir de su "torre de marfil" y comprometerse fuertemente con la discusión en el espacio público y en las diversas arenas donde se definen los rumbos u orientaciones de la sociedad. Debatiendo ideas y puntos de vista con audiencias y públicos diversos –trabajadores, estudiantes, inmigrantes, mujeres, etc.–, los sociólogos debían dejar de lado cualquier prurito "profesionalista" para implicarse de modo decidido en las discusiones sobre los fines, valores o ideales a ser buscados en su sociedad. Como era de preverse, su intervención produjo acaloradas y agudas polémicas[29].

> un interés en la sociología crítica, no pueden captar su significado (porque su habitus sumiso está muy fuertemente incorporado), mientras que aquéllos que pueden captar su significado no tienen interés en el mensaje. Su teoría [en consecuencia] muestra que esas intervenciones son inútiles. Sin embargo, él debe creer también que esas intervenciones podrían descolocar el discurso público, y así desestabilizar la violencia simbólica. Al final de cuentas, su propio compromiso político contradice su visión sobre la ideología y la conciencia como escenarios demasiados débiles para afectar la profundidad de la dominación (Burawoy, 2011:25).

28 Peor aún, Burawoy no dejaba de señalar que buena parte de sus colegas parecían más preocupados por hacer carrera, obteniendo credenciales y reconocimiento académico, que por "conocer y transformar el mundo" (Burawoy, 2005:199).

29 Las reacciones fueron desde las más entusiastas muestras de apoyos hasta las más feroces críticas. Si hubo quienes se entusiasmaron y celebraron la recuperación del compromiso disciplinario con la intervención en la sociedad,

La sociología pública no era la única sociología posible o deseable. Lejos de ello, según Burawoy, el desarrollo y crecimiento cuantitativo de la disciplina había llevado a una diversificación y especialización de distintas "sociologías". Sobre la base de dos criterios – tipo de audiencia a la que se dirige (académica o extraacadémica) y tipo de conocimiento que producen (instrumental o reflexivo)– distinguía, además de la sociología pública, tres tipos de sociología. Por un lado, está la "sociología práctica", que opera al servicio de un fin definido por un cliente o empleador, procurando proveer soluciones a problemas que le vienen dados. Se trata de la sociología como saber experto al servicio de las demandas de empresas, dependencias estatales y otras instituciones. Como la sociología pública, su audiencia va más allá de la comunidad de pares pero, a diferencia de ella, no se involucra en la discusión de cuestiones de valor. Su racionalidad es una racionalidad instrumental, sólo preocupada por los medios a ser empleados en la resolución de problemas concretos. Por otro lado, están la "sociología profesional" y la "sociología crítica". Si ambas se dirigen a la comunidad de pares, su finalidad y el tipo de conocimiento producido son distintos. Mientras la primera elabora conceptos, teorías y métodos de análisis (que luego utilizan las otras sociologías), la otra examina los fundamentos normativos y los presupuestos epistemológicos a partir de los cuales aquella realiza sus investigaciones y trabajos.

En la práctica, aclara Burawoy, esas diversas sociologías pueden solaparse, siendo por ello, difícilmente separables: un sociólogo puede cultivar diferentes sociologías a lo largo de su trayectoria o, incluso, en un mismo momento. Una mirada a los cuatro sociólogos aquí analizados no hace más que confirmar esta idea. Parsons practicó de manera central la sociología profesional. Entregado a la elaboración de una teoría general y abstracta sobre la sociedad y la acción humana, sus destinatarios principales fueron sus propios pares. Coherente con ello, en su opinión, la función primaria de la sociología era la elaboración y transmisión de conocimientos teóricos y empíricos dentro de una comunidad disciplinaria. Sin embargo, como vimos, si bien con ciertas precauciones y reparos, reconocía el papel social –o público– que la sociología

hubo otros que denunciaron lo que veían como un sesgo ideológico o normativo capaz de poner en riesgo los logros de la sociología como práctica profesional al desconocer la necesaria distancia que se debe mantener frente a la cuestiones públicas y los conflictos sociales. Tal vez el crítico más decidido haya sido Mathieu Deflem quien creó un sitio de internet –llamado *Save Sociology*– para "salvar" a la "sociología como ciencia" del peligro de la sociología pública y su supuesta agenda "antiprofesional". Para un balance de las distintas perspectivas suscitadas desde 2004, Cf. Perlatto y Maia (2012).

debía ejercer en la sociedad como defensora de la racionalidad científica contra la prepotencia y carácter deformador de las ideologías. Del mismo modo, si podemos vincular a Mills con la sociología crítica (siendo *La imaginación sociológica* una obra ejemplar en este sentido), es cierto también que a lo largo de su trayectoria, se desempeñó como un sociólogo profesional produciendo investigaciones en el marco de una comunidad de pares al tiempo que, hacia el final de su vida, se implicó en algunas de las discusiones políticas del momento –como aquellas suscitadas por la Guerra Fría y la situación en Cuba– a la manera del intelectual (o sociólogo) público. Otro tanto podemos decir de Touraine y de Bourdieu. Ambos consideraban a la sociología como un conocimiento especializado a ser desarrollado en la academia y produjeron investigaciones propias de la sociología profesional pero, como también vimos, no dejaron de examinar en reiteradas oportunidades los fundamentos normativos y cognoscitivos de su disciplina –lo que hace de ellos sociólogos críticos–. También, aunque de modo ciertamente diverso, ambos cultivaron la sociología pública. Touraine, a partir de la conexión –siempre tensionada– con lo que denominaba movimientos sociales. Bourdieu, de un modo ambiguo y paradójico en el que el reconocimiento de una dura realidad –la virtual inexistencia de una audiencia con interés y capacidad para apropiarse los hallazgos de la sociología– iba de la mano de una definición de la disciplina que la colocaba en el centro de la crítica de la dominación y las relaciones de poder vigentes en la sociedad.

Ahora bien, hubo una sociología de aquellas que distingue Burawoy que todos recusaron por igual: la sociología práctica. Aun con las profundas diferencias que median entre los autores aquí analizados, hemos podido encontrar marcadas convergencias en este punto. Todos ellos, como vimos, hacen de la autonomía –entendida como la capacidad de tomar distancia de los intereses y orientaciones de los públicos o empleadores profanos– un rasgo central de la práctica sociológica y de su definición de la disciplina. Para ellos, corresponde a los sociólogos definir por sí mismos, y sin atenuantes o condicionamientos, sus temas, preguntas y enfoques. Deben resistir, por eso, las demandas sociales que buscan instrumentalizar sus conocimientos para fines que les son ajenos; fines de los actores sociales poderosos (aquellos que cuentan con los recursos materiales para contratar a los sociólogos), pero también de los dominados (como enfatizan Touraine y Bourdieu).

De ahí que cuando un sociólogo trabaja para un cliente o empleador no hay posibilidades de realizar una práctica cabalmente "sociológica" ya que, según su visión, en esas condiciones no sería posible reivindicar una mínima independencia de criterio para definir la forma en que satisface esa demanda. Trabajar para alguien conllevaría de modo ineludible la asunción de una posición subordinada, la transformación del sociólogo en un "mercenario", capaz de hacer lo que le es encargado en los términos en que le es encargado. De ese modo, lo que la sociología de las profesiones (en sus más diversas versiones) le

ha reconocido a las profesiones, la posibilidad de mantener frente a las demandas de sus clientelas una cierta independencia de criterio para definir la forma en que satisfacen esas demandas y se encara el trabajo, le es, en la visión de aquellos notables de la disciplina, curiosamente vedado a los sociólogos. La posición o potestad de un médico, un abogado o un ingeniero, que no toma en cuenta –o relativiza– las opiniones de su paciente o cliente a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias no es pensable para el caso de los sociólogos. Por el contrario, según se los presenta aquí, cuando deciden ofrecer sus servicios técnicos quedan presos de la lógica del mercado o de la organización burocrática donde el que paga los servicios impone los criterios a partir de los cuales se realiza el trabajo (Freidson, 2001). En esas condiciones, practicar la sociología sólo es posible después de renunciar a las funciones con las que una y otra vez son tentados los sociólogos por su propia sociedad.

Es comprensible entonces que, lejos de plantear colaboraciones entre el desarrollo académico y práctico de la disciplina, estos textos censuren cualquier diálogo o intercambio. De la sociología aplicada no hay nada que aprender o aprovechar: sea porque comprometan su labor "al servicio de los poderosos" (Mills, Touraine y Bourdieu), sea porque no contribuyen en términos estrictos al desarrollo de la sociología como disciplina científica (Parsons). Antes que plantear instancias de intercambio, lo que hay que hacer es denunciar a todos aquellos que invocan el nombre de la "sociología" pero poco tienen que ver con la disciplina y el desarrollo de sus verdaderas metas o funciones.

Tal visión contrasta fuertemente con la propuesta de Burawoy. Lejos de descalificar a los sociólogos que trabajan para un cliente o empleador profano, el sociólogo norteamericano reconoce en su labor un insumo valioso para el desarrollo de las otras sociologías. Según su visión, entre las diversas sociologías debe haber la mayor interdependencia posible pues cada sociología obtiene –y podría obtener– "energía, significado e imaginación gracias a su interrelación" con las otras (Burawoy, 2005:211). Tal "sinergia" no es fácil pues esas sociologías "están compuestas por prácticas cognitivas profundamente diferentes". De hecho, según reconoce el autor, no es inusual que tiendan a funcionar como esferas compartimentadas, en el marco de una mutua ignorancia o indiferencia. Sin embargo, sólo su diálogo sería capaz de evitar las tendencias patológicas que cada sociología conlleva por su propia configuración institucional. Así, por ejemplo, si la sociología profesional, elaborada en el marco de una discusión de pares, puede degenerar fácilmente en una discusión excesivamente "encerrada", perdiendo cualquier relevancia o valor en términos de impacto social, la sociología práctica, cuando es ejercida sin compromiso con el desarrollo disciplinario y escindida de sus productos conceptuales y metodológicos puede ser "fácilmente atrapable por los clientes que imponen las es-

trictas obligaciones contractuales en su financiación", cayendo de ese modo, en el "servilismo" (Burawoy, 2005:213)[30].

En un contexto como el actual signado por la expansión y heterogeneización de las inserciones laborales de los sociólogos en empresas, dependencias estatales, ONG, organismos multilaterales, etc., la vocación "ecuménica" y de diálogo promovida por Burawoy resulta ciertamente relevante. Curiosamente, ese aspecto de su propuesta ha quedado en un segundo plano frente a las repercusiones y encendidos debates que suscitó su idea de la sociología pública. Ahora bien, si del modo como se relacionan las diversas sociologías o perfiles profesionales parece depender la fortaleza de la sociología en su conjunto, bien cabe preguntarse cómo se dan esas relaciones, qué grados de acercamiento o distancia serían deseables. ¿El "servilismo"

30 Por supuesto, Burawoy no es el primero o único en plantear semejante sinergia. Cabe recordar aquí que ya en los años cincuenta Gino Germani convocaba a una tal "unidad de la sociología". Según sostenía, el proceso de crecimiento y complejización de la sociología había producido un proceso de especialización y diferenciación de funciones dentro de la comunidad sociológica. Por un lado, estaba la "sociología teórica" que estudiaba los hechos sociales para formular proposiciones de validez general. Por otro lado, estaba la sociología "descriptiva" que tenía por objeto conocer una sociedad particular. Finalmente, estaba la "sociología aplicada" cuyo propósito principal era preparar soluciones inmediatas para los "problemas sociales" (Germani, 1956:65). Si las primeras dos subdivisiones tenían como destinatarios principales a los propios sociólogos, la última tenía como público principal a las instituciones de la sociedad civil y al Estado. Ahora bien, esa "división del trabajo" entre los sociólogos no afectaba (ni debía afectar) la "unidad de la sociología". Pese a sus distintas orientaciones y espacios de inserción, las diferentes subdivisiones compartían, según Germani, los mismos fundamentos epistemológicos y metodológicos. Dar soluciones a un cliente o empleador no constituía una desviación u obstáculo para el ejercicio de la disciplina. Mientras los sociólogos orientasen sus acciones de acuerdo a los principios de su grupo imponiendo una cierta independencia de criterio en la forma de dar respuesta a sus demandas, su labor constituía un valioso insumo para la disciplina en su conjunto. La sociología aplicada "no se halla en contraste con la posibilidad de aprovechar sus resultados o su metodología, desde el punto de vista teorético. Al contrario, este tipo de investigación puede ofrecer oportunidades para realizar observaciones e incluso experimentos en condiciones particularmente favorables" (Germani, 1956: 65). Por ello, antes que indiferencia o conflicto, lo que debía haber entre las distintas sociologías eran relaciones de mutua colaboración e intercambio, en el marco de la "conexión más estrecha posible".

denunciado por Mills, Touraine o Bourdieu es una condición inevitable de la práctica de los sociólogos cuando ofrecen sus servicios en el mercado no académico? ¿O es una desviación producida por particulares condiciones sociales e institucionales que podrían ser modificadas? ¿La experiencia de los sociólogos que trabajan en esferas o instituciones no académicas no podría enriquecer las preguntas y elaboraciones de aquellos insertos en la academia, planteándole nuevos desafíos y poniendo a prueba sus hallazgos? ¿Una sociología práctica más reflexiva y rigurosa, que dialogara con la producción académica, no podría asegurar una mayor relevancia para el saber producido en las instituciones universitarias, dándole la posibilidad de orientar en alguna medida la construcción de las instituciones sociales? ¿El apego a un modelo academicista que desconoce y desconfía de las inserciones que responden a una demanda particular no debilita el propio accionar de los sociólogos prácticos, contribuyendo así a producir aquello que justamente denuncia –la instrumentalización de la sociología en favor de los intereses del cliente, su perniciosa "mercantilización"–? En fin, si las diversas sociologías se construyen dándose la espalda unas a otras, ¿no se estaría fomentando una situación en la que la disciplina se fragmenta o divide entre, por un lado, una práctica que interviene activamente en la producción de ciertas instituciones pero que, al no reclamar un mínimo de autonomía, es incapaz de poner en juego una mirada "crítica"; y, por el otro lado, una práctica que, libre de las preocupaciones u orientaciones de clientelas o públicos profanos, termina, sin embargo, presa de una lógica ensimismada en la que no es inusual que la producción del conocimiento aparezca como un fin en sí mismo, contrariando las expectativas de los cuatro sociólogos aquí analizados?

Al lidiar con estos temas somos conscientes de que incursionamos en terrenos espinosos donde las posturas pretendidamente neutrales o prescindentes no son por lo general más que una máscara que vehiculiza visiones y tomas de posición no siempre conscientemente asumidas. Difícilmente podría ser de otro modo si se constata que la pregunta por la práctica sociológica o por las inserciones laborales de los sociólogos, no puede escindirse nunca de las constantes disputas por la definición misma de la sociología, que es también una lucha por las legitimidades dentro del campo (Bourdieu, 2008). Ahora bien, más que la toma de una posición definida al respecto, la intención del presente artículo ha sido reflexionar sobre las diversas definiciones de la sociología, sus ámbitos de inserción y las relaciones que se plantean –o podrían plantearse– entre los diversos perfiles profesionales en momentos en que se ha venido dando un proceso de marcada diferenciación y expansión del mundo laboral. La reconstrucción y problematización de las tomas de posición de figuras canónicas de la disciplina y su interpretación a la luz del debate promovido en los últimos años por Burawoy, se propuso operar como una contribución al diálogo y debate que, según creemos, es indispensable para propiciar una re-

flexividad de la disciplina que evite las posiciones estereotipadas. Esa reflexividad, como nos recordaron una y otra vez los propios autores aquí analizados, constituye un requisito ineludible para el ejercicio de una sociología capaz de estudiar y de intervenir críticamente en la sociedad en la que se desarrolla.

Referencias bibliográficas

ABBOTT, A. (1988). **The System of Professions**. Chicago: The University of Chicago Press.

BLANCO, A. (2009). "**Talcott Parsons y Gino Germani: caminos cruzados, trayectorias convergentes",** ponencia presentada en el "Seminario Internacional en memoria a los treinta años de la muerte de Talcott Parsons", Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Sociología.

BLOIS, J. (2013). "Entre la autonomía y la heteronomía. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos en Argentina". **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, Nº218.

BONALDI, P. (2009). **Aprendiendo sociología. La impronta de la carrera en la experiencia de los estudiantes**. Buenos Aires: La gomera.

BOURDIEU, P. (1990). [1982] "Clase inaugural" en **Sociología y cultura**. México: Grijalbo.

BOURDIEU, P. (1991). "Epilogue: On the Possibilities of a Field of World Sociology" en BOURDIEU, P. y COLEMAN: **Social Theory for a Changing Society**. Nueva York: Russell Sage Foundation.

BOURDIEU, P. (1997). **¿Qué significa hablar?**. Madrid: Akal.

BOURDIEU, P. (2008) [1984] **Cuestiones de sociología**. Madrid, Akal.

BOURDIEU, P. (1999). **Contrafuegos**. Barcelona, Anagrama.

BOURDIEU, P. (2010). **Sobre la televisión**. Barcelona, Anagrama.

BRAGA, E. (2011). "Novos elementos para uma sociologia dos cientistas sociais. A situação ocupacional dos egressos". **Revista Brasileira de Ciências Sociais**, Vol.26 N°76.

BURAWOY, M. (2005) [2004] "Por una sociología pública", **Política y sociedad**, Vol.42, Nº1.

BURAWOY, M. (2011). **O marxismo encontra Bourdieu**. Campinas: Editora Unicamp.

BUXTON, B. y TURNER, S. (1992). "From Education to Expertise: Sociology as a 'Profession'" en HALLIDAY, T. y JANOWITZ, M. **Sociology and its Publics**. Chicago: The University of Chicago Press.

CALHOUN, C. y VANANTWERPEN, J. (2007). "Orthodoxy, Heterodoxy, and Hierarchy: 'Mainstream' Sociology and Its Challengers" en CALHOUN, C. (ed.) **Sociology in America. A History**, Chicago: The University of Chicago Press.

CALHOUN, C. y WIERVIORKA, M. (2013). "Manifiesto por las ciencias sociales". **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, Nº217.

DE SINGLY, F. (2006). "La sociología, como forma particular de conciencia" en LAHIRE, B. (dir.): **¿Para qué sirve la sociología?** Buenos Aires: Siglo XXI.

DUBAR, C. (2006). "Préface", en PIRIOU, O: **La face cachée de la sociologie**. París: Belin.

DUBET, F. (2012). **¿Para qué sirve un sociólogo?** Buenos Aires: Siglo XXI.

FREIDSON, E. (2001). **Professionalism. The Third Logic**. Chicago: The University of Chicago Press.

GERMANI, G. (1956). **La sociología científica. Apuntes para su fundamentación**, México: Universidad Nacional de México.

HEILBRON, J. (1986). "La professionnalisation comme concept sociologique et comme stratégie des sociologues", en AAVV: **Historiens et Sociologues aujourd'hui. Journées d'études annuelles de la Société française de sociologie**. París: CNRS.

MERTON, R. (1970) [1949]. **Sociologia. Teoría y estructura social**, Mestre Jou: San Pablo.

MILLS, C.W. (1964a) [1953]. "Two styles of social science research" en HOROWITZ, I. (ed.) ***Power, politics, and people: The collected writings of C. Wright Mills***, Nueva York: Oxford University Press.

MILLS, C. W. (1964b) [1954]. "IBM plus reality plus humanism = sociology", en HOROWITZ, I. (ed.) ***Power, politics, and people: The collected writings of C. Wright Mills***. Nueva York: Oxford University Press.

MILLS, C. W. (1974) [1959]. **La imaginación sociológica**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LAHIRE, B. (2006) (dir.). **¿Para qué sirve la sociología?** Buenos Aires: Siglo XXI.

LAZARSFELD, P. (2004) [1941] "Remarks on administrative and critical communications research", en DURHAN, J. y SIMONSON, P. (eds) **Mass Communication and American Social Thought**, Lanham. Md.: Rowman & Littlefield.

PARSONS, T. (1959). "Some Problems Confronting Sociology as a Profession". **American Sociological Review**, 24.

PARSONS, T. (1968). "Professions", en **International Encyclopedia of the Social Sciences**, Vol.12, Nueva York: The Free Press and Macmillan.

PARSONS, T. (1971) [1937]. **La estructura de la acción social**, Madrid: Guadarrama, Tomo II.

PERLATTO, F. y Maia, J. (2012). "Qual sociología pública? Uma visão a partir da periferia", **Lua Nova**, Nº87.

PICÓ, J. (1998). "Teoría y empíria en el análisis sociológico: Paul F. Lazarsfeld y sus críticos", **Papers**, n°54.

PIRIOU, O. (1999). "La sociologie: métier ou profession? Quand les sociologues prennent position sur l´exercise de la sociologie", **L´Homme et la Société**, n°131.

PIRIOU, O. (2006). **La face cachée de la sociologie**. Paris: Belin.

POLLACK, M. (1979). "Paul Lazarsfeld, fundador de una multinacional científica" en **Materiales de sociología crítica**. Madrid: La Piqueta.

STERNE, J. (2005). "C. Wright Mills, the Bureau for Applied Social Research, and the Meaning of Critical Scolarship", **Cultural Studies, Critical Methodologies**, Vol. 5, Nº1.

SUMMERS, J. (2006). "Perpetual Revelations: C. Wright Mills and Paul Lazarsfeld", **Annals of the American Academy of Political and Social Science**, Vol. 608.

TOURAINE, A. (1978a) [1974]. **Introducción a la sociología**. Barcelona: Ariel.

TOURAINE, A. (1978b) [1977]. **Un deseo de historia: autobiografía intelectual**. Madrid: Zero.